

Debilitamiento de la sociedad civil

La salud democrática de un país está en relación directa con la fortaleza de su sociedad civil. En el marco de la lucha contra el terrorismo, tanto dentro de España como fuera, se apela como condición «sine qua non» a la existencia de una sociedad civil fuerte, capaz de elaborar y exigir espacios para su propio desarrollo, sin fiarlo todo a la acción del Estado. En la cumbre internacional sobre Democracia, Terrorismo y Seguridad¹ se suscribió el compromiso de fortalecer la sociedad civil frente a las ideologías extremistas y violentas, así como de movilizar a todo el entramado cívico. Pero no sólo la victoria sobre el terrorismo depende de la fortaleza de la sociedad civil. La democracia entera enferma cuando la sociedad civil se debilita. Hay muchas voces que describen la situación actual como «democracia de baja intensidad», lo que equivale a decir que la sociedad civil es débil y desvaída ¿En qué medida es esto cierto? ¿Cómo se ha podido llegar a un desinterés muy amplio por la vida pública? ¿Se puede remediar esta situación? ¿Cómo?

¹ Madrid, 8-11 de marzo de 2005.

Del vigor a la debilidad

La generación anterior, en España como en el resto de Europa, estuvo impulsada por los fervores revolucionarios de Mayo del 68, por la renovación del Concilio Vaticano II y por el contexto del mundo bipolar. Vivió como pocas el compromiso político y social que, durante la dictadura, se tuvo que ejercer en la clandestinidad o a la sombra de movimientos cristianos tales como la HOAC o la JOC.

En los años inmediatos a la muerte de Franco, España conoció dos lustros de fortalecimiento acelerado de la sociedad civil. Tras un período de hibernación o secuestro, la sociedad emergió en cuanto tuvo cauces y oportunidad. La legalización de partidos y sindicatos facilitó la afiliación de nostálgicos y neófitos; el afloramiento de la acción política soterrada que venían ejerciendo las asociaciones de vecinos supuso un poderoso motor de la sociedad civil en los barrios de las ciudades; por otro lado, la novedad del diseño autonómico, con la creación de mesogobiernos, estimuló vocaciones políticas locales y la creación de grupos promotores de lenguas, tradiciones, bienes culturales o medioambientales.

Ese «retorno de la sociedad civil»² fue saludado —quizá con exceso de optimismo— como signo y anticipo del vigor democrático de España.

Pasados tres decenios, hay signos preocupantes de debilitamiento civil. Muchos de los grupos civiles se han domesticado para beneficiarse de las subvenciones; han disminuido vertiginosamente los foros de discusión; la asistencia en la universidad a las conferencias de los máximos dirigentes políticos es aproximadamente la mitad que a principio de los ochenta; no llega al diez por ciento el número total de afiliados al conjunto de partidos, sindicatos y asociaciones profesionales; el voluntariado social es minoritario e, incluso está siendo criticado por algunos sectores sindicales que ven en él un «mecanismo de competencia desleal para los asalariados». Los cambios experimentados en la sociedad explican en parte este decaimiento. La generación del 68 se ha ido acomodando, y no sólo por razones de edad, sino porque

² VÍCTOR PÉREZ DÍAZ.

muchos de sus líderes ocupan cargos de relieve y hasta de gobierno y han congelado sus propósitos, contagiando su frialdad a quienes los admiraron y perdiendo todo su atractivo para las nuevas generaciones. Algunos de los impulsos del Vaticano II han languecido y, con ellos, toda una serie de movimientos cristianos comprometidos en el mundo rural, estudiantil, obrero y profesional. La caída del muro de Berlín nos trajo el enorme bien de la distensión, pero nos privó de un contexto que espoleaba la definición y el compromiso.

En España, además, se ha perdido el encanto del estreno de la democracia y se han producido cambios sociales de gran magnitud que han arrastrado consigo grandes parcelas de compromiso individual y colectivo. El fenómeno afecta a todas las edades, pero es más llamativo en los jóvenes, vanguardia siempre de la sociedad.

Generación X y Generación Kronen

Si siempre ha tenido mucho de arbitrario delimitar el tiempo y las personas que componen una generación, lo es mucho más en nuestra época en la que la fragmentación dentro de una generación es muy acusada. A pesar de esta dificultad, se maneja habitualmente el concepto de generación y ello nos permite referencias y análisis comparables.

En la década 1990–2000 llegó a la juventud la generación nacida en torno a los años 75 y siguientes. Los elementos compartidos por la mayoría de esos jóvenes eran la falta de horizonte laboral, el desencanto ideológico, la dificultad para emanciparse de los padres y el cambio cultural introducido por la postmodernidad. Suelen decir ellos mismos que, frente a la generación–brújula anterior, ellos son generación–desbrujulada. Ese conjunto de vivencias transforma sus vidas en una gran incertidumbre vital.

El norteamericano **Douglas Coupland** la bautizó certeramente como **Generación X**, porque la mayoría de los jóvenes sentían su vida como una incógnita matemática. En España, además de Generación X, se la conoce más como **Generación del Kronen**, por el nombre de un

café-tienda capitalino muy vinculado con la *movida madrileña*. La generación Kronen produjo una serie de escritores que marcan los gustos literarios y sociales: Mañas, Loriga, Lucía Etxebarria, D. Múgica... En sus obras, dos de ellas llevadas al cine, y en los miles de *fancines* que se publican puede leerse la quintaesencia de los ideales del Kronen: *Ande yo caliente, 20.000 duros al mes, alargada moratoria de la adultez, pre-parados, fragmentación ética, trabajar poco y... mucho, etc.* Tal vez sin advertirlo, una buena parte de nuestra juventud, bajo bandera iconoclasta, se estaba vacunando contra cualquier posibilidad de comprometerse en serio social o políticamente.

La generación X y la Kronen sólo parcialmente han sido fruto de la contracultura juvenil. En gran medida, surgen por reproducción mimética de la generación de sus padres, descapitalizados de convicciones por la postmodernidad y obsesos perseguidores del bienestar individual, por encima de cualquier otro valor. Persisten entre los adultos las actitudes remisas a asumir responsabilidades, ni siquiera en las comunidades de vecinos o en los clubes de jubilados.

Múltiples causas del mismo efecto

Muchas son las causas que confluyen en que la sociedad civil pierda perfil. Algunas de ellas pudieran ser las siguientes:

Hemos creado un culto al hedonismo. Los eslóganes del Kronen han triunfado. Sexo, droga y comodidad forman la trilogía funcional del hedonismo. La generación adulta no lleva banderas tan explícitas, pero no es menos hedonista: sus mejores esfuerzos se consumen en tener asegurada una vida confortable.

Hemos convertido en ideal de vida el éxito material. Una encuesta realizada entre los universitarios madrileños de primer curso reveló que, para el 68 por ciento, ganar dinero fue la principal motivación a la hora de elegir carrera. Es la conducta esperable, dado el comportamiento de los adultos, para quienes disponer de una casa mejor y cambiar a un coche más lujoso son preocupaciones generalizadas, que, por supuesto, casan mal con el compromiso.

Asistimos al triunfo del individualismo. El «ande yo caliente» tiene traducciones cínicas, como la famosa frase: «Si yo me enriquezco, habrá un pobre menos en la tierra».

Los partidos inhiben las iniciativas de sus afiliados. La nomenclatura decide lo que hay que decir, votar, argumentar.

Los medios de comunicación seducen con la vida fácil, aunque sea irreal. Todo parece bien con tal de no complicarse la vida ni complicársela a los demás. La televisión, sobre todo, actúa como el gran brazo seductor del liberalismo.

Padecemos un acusado déficit educativo. La educación moral es deficiente, el desarrollo de la capacidad crítica es insuficiente y nulo el entrenamiento escolar para la democracia activa.

Se ha generalizado un cierto sentido de fatalidad. Muchos piensan que las cosas siguen un curso inexorable que depende de otros, no de ellos. Expresan este estado de ánimo mediante el desistimiento: «haga lo que haga, no podré lograr ni impedir nada».

De la suma de estas causas se origina lógicamente una sociedad civil desactivada como la que padecemos. El acto de votar se ha convertido, para la mayoría, en el único acto participativo. Siempre habrá individuos o grupos que escaparán a la lógica de la reproducción social, pero serán una minoría, un pequeño resto en la cautividad de Babilonia.

Razones para el miedo y la esperanza

Parece cierto el bajo perfil del compromiso social y político general en todos los tramos de edad. Sólo los grupos más radicalizados presentan perfiles más activos. Para el conjunto de la actual generación de jóvenes entre 18 y 30 años, la afiliación a partidos y sindicatos apenas alcanza el 3 por ciento; los comprometidos de verdad, de modo permanente, son muchos menos. Los epígonos del Kronen suelen decir que «cada día es

el espacio de libertad para comprometerse o descomprometerse», expresión juvenil actualizada del pensamiento débil. Muchos sociólogos interpretan en esta clave la penuria de vocaciones al sacerdocio o a la vida religiosa y también la creciente renuencia a contraer matrimonio ante la Iglesia por lo que de vinculación vitalicia conlleva.

El «descompromiso» de los más y el radicalismo de los menos no invita, precisamente, al optimismo. Es cierto que, las movilizaciones con ocasión de extrema necesidad o una grave agresión a las conciencias³ todavía se dan. Pero la mayoría de estas acciones no tienen continuidad ni se traducen casi nunca en compromisos permanentes. Los mayores resucitan el viejo consejo que se daba a los soldados cuando iban a la «mili»: «Voluntario, ni para cobrar». Los jóvenes lo actualizan con máximas como éstas: «capaz de comprometerse, pero no comprometido»; «en una vida fugaz, los compromisos deben ser temporales o intermitentes».

Pero esas eclosiones de solidaridad o de sed de justicia permiten abrir un espacio a la esperanza. De hecho hay una apreciable presencia de voluntariado adulto para acompañar enfermos, promover los barrios o integrar a inmigrantes. Unos 700.000 jóvenes cooperan en la asistencia social, son miembros de alguna ONG o participan en diversos movimientos antiglobalización, sobre todo en *Movimiento por la Justicia global*, *Otro mundo es posible* y el movimiento ATTAC del francés **Bové**.

Puede que en algunos de ellos acallen su conciencia trasladando al plano teórico o a lejanos países subdesarrollados un compromiso que no son capaces de desarrollar en su entorno inmediato. Puede que en todos ellos se mezclen motivaciones heterogéneas, algunas espurias, pero son un germen de esperanza de que renazca la necesaria sociedad civil. El que es capaz de ver solidariamente las necesidades lejanas sólo precisa bajar los ojos o girar la cabeza para ver las próximas. ■

³ Por ejemplo, la espectacular movida a favor de Centroamérica después del huracán o del sudeste asiático tras el tsunami o las manifestaciones contra la guerra de Iraq o a favor de las víctimas del terrorismo.